

precisada á confesar que me equivoco—dijo Eva sonriendo con tranquilidad. Hace un año que en la Ópera se está esperando *La Veneciana*....., y yo soy quien debe cantarla.

—¿Consentirás en ello?—preguntó Derstal con asombro.

—¿Acaso puedo hacer otra cosa? Estoy contratada en la Ópera. El director me distribuye un papel y no tengo para qué preocuparme de saber quién es el autor. Mi deber consiste en interpretarlo, así como el del autor consiste en escribirlo.

Fijó en Derstal una altanera mirada y añadió:

—Es un asunto de probidad profesional. Peor para quien falte á él.

En aquel momento el coche se detuvo. Eva y Derstal permanecieron callados un instante. Al fin, el compositor, saliendo de su doloroso encojimiento y estrechando con pasión á la joven entre sus brazos, dijo:

—Eva, por piedad. No nos separemos de tan horrible modo..... Perdóname. Dime que me perdonas.

La cantante le rechazó. Sus ojos brillaron en la sombra, y, hermosa como nunca la había visto, le dijo:

—¡Desgraciado! Una mujer como yo podría perderte que la hubieses abandonado si al mismo tiempo no hubieses desertado de la gloria. Lo que adoraba en ti era tu genio. Esta ha sido la causa de mi cruel decepción. Déjame, vete; vuelve á tu

ociosidad y á tu riqueza. Hazte pagar tu traición, y déjame con mi arte, que llena mi alma por entero.

Abrió la portezuela del coche y empujó á Derstal. La miró por última vez y vió que tenía los ojos llenos de lágrimas. Quiso correr, hablarla, convencerla; pero el coche se alejó, y Derstal se encontró solo en la obscuridad de la noche.

II

A pesar de los esfuerzos de Derstal, la prensa no fué indulgente para el joven Harry. Le atacó por el lado que había de serle más sensible, negándole la paternidad de su obra. Trilby, el temible cronista del *Echo* le jugó al americano la partida de citar en su artículo la más vulgar de todas las melodías publicadas en otra ocasión por Brandón, y de establecer un paralelo entre aquella meliflua composición y la factura nerviosa y brillante de *Atala*.

«¿A quién se hará tragar—decía—que el mismo músico sea el autor de estas dos obras? Es muy cierto que en las noches de estreno acuden al teatro muchos papanatas, pero no tantos como la gente se figura. Hay gentes que conocen á los autores: *Atala* pregonaba el nombre de Derstal en todas sus notas y en todos sus suspiros. En el dúo con Chactas alguien ha observado unas notas bajas

de clarinete que son predilectas del autor de *Erin*. Derstal tiene el clarinete, el joven Brandón sólo tiene el perro de aguas. Pero todo esto podría pasar inadvertido para un gran ciego, que sería el público.»

Estas bromas tuvieron el dón de enfurecer á Harry; pero lo que le dió el último golpe fué una nota muy corta que Lavirón publicó en su revista: «Por inveterada costumbre acogemos seriamente todas las tentativas con tal de que sean sinceras. La pantomima de circo acompañada de una partitura escrita por su autor con toda su buena voluntad, merece nuestra atención y no se la regateamos nunca; pero la obra, aun siendo notabilísima, de un autor que nos ofrece el fruto de una colaboración anónima, no merece nuestro juicio. De modo que en estas columnas no aparecerá noticia alguna referente á *Atala*.»

En el mundo del arte el escándalo adquirió proporciones verdaderamente alarmantes. Harry Brandón, exasperado, dudaba entre resoluciones más extremas. Primero quiso constituir un jurado musical, compuesto por la sección del Instituto, para que decidiera si la música era suya. No sin trabajo, algunos amigos perspicaces consiguieron disuadirle. Entonces se le ocurrió perseguir judicialmente á los periodistas que le negaban la paternidad de su obra. Fromageot, que veía crecer sus entradas á medida que aumentaba el escándalo que se hacía alrededor de la obra, alimen-

taba la rabia de su autor como el fuego de una locomotora. Pensaba en lanzarle á toda velocidad por el camino de las extravagancias. ¿Los tumultos? Le preocupaban poco. ¿Las responsabilidades? Sabía que no habían de exigirle ninguna. Se limitaba á decir «adelante» á todo lo que Brandón proyectaba. Congestionado, vocinglero y decidor, iba desde su gabinete directorial hasta la contaduría del teatro, repitiendo á cuantos le querían escuchar:

—¿Acaso yo me preocupo de quién es la música de *Atala*? Yo no he tenido al autor bajo llave mientras la escribía, como se hace en los concursos á Roma. Lo importante es que sea admirable, y lo es. Yo, en lugar de Brandón, le plantaría un pleito á Trilby, y le pediría cien mil francos de indemnización por el perjuicio moral que me causa. Entonces podrían ir á hacer chistes á la Audiencia. ¡Un pleito, un buen pleito! Con los periódicos no se puede hacer otra cosa.

Entretanto, la gente se amontonaba en el vestíbulo del teatro para tomar localidades. Por primera vez hubo llenos en aquella casa. Jenny Vermeil, medio desnuda y encantadora con su casco de plumas, apareció en los periódicos ilustrados. Y por la noche, en los pasillos y en los palcos, se reanudaban las acaloradas discusiones con respecto á la personalidad del autor. En una semana, el escándalo empujó á Harry Brandón hasta la celebridad. Los periódicos americanos, infor-

mados por el *Herald*, que desde el primer momento había tomado la defensa de su compatriota, empezaron un fuego graneado en contra del ataque sistemático á una obra que no tenía en contra de ella más que el no ser del continente. Y el incidente, publicado en las ligeras hojas de papel impreso, dió vuelta al mundo.

Desde Milán, Berlín, Munich, Londres y Nueva York se hacían proposiciones á Harry para el estreno de *Atala*. La espuma se elevaba más abundante, y azotada por la pública curiosidad, lo invadía todo. La crónica se apoderó del asunto: los periodistas se introducían en el hotel de Brandón, y no pudiendo hacer hablar á los dueños, se contentaban interrogando á los criados. Se publicaron descripciones de las galerías de objetos de arte y cuadros que poseía el archimillonario. El retrato de la señora Brandón y de la mujer de Derstal fueron publicados en *La Familia*, sin que se pudiese saber quién había proporcionado los clisés. En cuanto á Harry, había pasado por los objetivos de Boyer, de Nadar y de Reutlinger. Le reproducían sentado á su piano, á caballo, jugando al polo, haciendo un avance en el *foot-ball* á pie, cazando en *Kniker-bocker*, con su ayuda de cámara detrás llevándole las dos escopetas. Toda esta publicidad, este ruido y esta notoriedad habían conseguido calmar su irritación. Había renunciado al jurado y al pleito, conformándose, en último término, con mandar á sus

despiadados críticos su tarjeta con irónicas frases de agradecimiento.

Pero toda su cólera se había concentrado en un sordo rencor contra Derstal, al que hacía responsable de todos aquellos disgustos. Daba por seguro que el compositor no le había ayudado con la suficiente discreción, disfrazando su modo de hacer, dando lugar, tal vez intencionadamente, á aquella manifestación tan halagadora para él como ofensiva para su cuñado. El joven yanqui estaba convencido de todo esto. Su familia, le daba tácitamente la razón, y no podía estar más satisfecho. Aquellos extranjeros, tolerados durante tanto tiempo en la sociedad parisiense á causa únicamente de sus grandes riquezas, y considerados con la benevolencia algo desdeñosa que se siente por los inferiores con los que se quiere aparecer agradable, adquirirían una importancia que les aseguraba un lugar en primera línea. En un instante pasaban del borroso papel de comparsas al de primeras figuras, tan envidiadas por ellos. Ya no asistían á las reuniones para aumentar el número de los invitados: se daban fiestas en su honor. Y todos esos triunfos no se los había procurado su yerno, el artista eminente al que se habían unido del mismo modo que un empresario contrata á un gran tenor para atraer la atención del público, los debían á su hijo Harry, el *good boy* americano. De modo que su nuevo esplendor adquiría aureola nacional, cuyo valor se cen-

tuplicaba á sus ojos. América entera era la que triunfaba con ellos, y creían que sobre sus cabezas flotaba la estrellada bandera, resplandeciente como su gloria.

Derstal sintió rápidamente el contragolpe de esta nueva disposición moral. La halagadora deferencia que sus suegros le atestiguaban se enfrió, y bajó varios grados. La admiración que antes estaba reservada para él, pasó por entero á pertenecer á Harry: dejó de haber un solo dios en el templo. Una nueva divinidad levantó altar contra altar, y el culto de Harry se instituyó en competencia con el culto de Derstal. El compositor siguió con burlona sagacidad las fases de esta transformación. Sin embargo, pudo darse cuenta desde el primer momento de que Susana, con una claridad de juicio y una precisión especialísima, no caía en las exageraciones de vanidad á que cedían sus padres: quería á Derstal, creía en su genio, que la había conquistado, y estaba segura de su porvenir. Con cierto desdén juzgaba el entusiasmo de su familia.

—Es preciso, mi querido Oliverio, perdonar á mi padre y á mi madre la especie de locura que en ellos ha provocado el triunfo de Harry. El éxito les ha embriagado, cosa que no puede ser más natural. Parece que han olvidado todo lo que en este asunto se te debe; pero no los creas ingratos, tontos, ni ciegos. Conocen tu inmenso mérito, y á la primera ocasión que les ofrezcas te

aplaudirán con el mismo entusiasmo con que otras veces lo han hecho.....

Derstal pensaba lo menos posible en aquella primera ocasión de que Susana hablaba: el envío de la partitura instrumentada de la obra prometida, mediante contrato, á la Ópera de Nueva York. En las dulzuras del lujo, Derstal, con rara inconsciencia, se había olvidado del compromiso adquirido. Lo que en su nueva situación había apreciado más pronto, era el derecho de vivir sin sentirse espoleado por la necesidad de trabajar. La pereza le había conquistado con mayor facilidad aún que las obligaciones mundanas á que había debido someterse, y el trabajo le era más penoso cada día. Durante su laboriosa juventud, Derstal había adquirido la costumbre de escribir por la mañana. Se levantaba á las siete, se sentaba á su mesa y trabajaba hasta las once: á esa hora salía para dar una lección y almorzar, y por la tarde continuaba su labor para resolver el problema de la vida. La tarea de la mañana, realizada con exacta regularidad durante muchos años, había llegado á formar parte tan integrante de sus costumbres, que si una circunstancia cualquiera le impedía trabajar sus cuatro horas antes del almuerzo, se sentía fuera de su centro y violento hasta la noche, como si le faltase algo. El trabajo había llegado á ser para él una verdadera función natural, y trabajaba del mismo modo que se anda, se come ó se respira.

Durante la travesía á bordo del *Ariel*, sus reglas de trabajo habían sufrido la primera alteración. Antes del almuerzo, le era preciso subir al puente para encontrar á su prometida, ó bajar á tierra para hacer excursiones. Apenas habían pasado quince días después de haberse embarcado con los Brandón, que la partitura de *La Veneciana* estaba relegada en el fondo de un cajón, y que la inspiración del compositor, disciplinada en otro tiempo por una laboriosidad regular, se había disipado como ligera humareda barrida por el viento de la fantasía. En París sucedió una cosa muy distinta: teniendo que cumplir todas las noches obligaciones mundanas, sujeto á la elegante barahunda de ociosos, Derstal y su mujer no volvían nunca al hotel de la plaza de los Estados Unidos antes de una hora avanzada de la noche. El sueño tranquilo y reparador había huído con las enervantes dulzuras de la luna de miel. ¿Cómo dejar á una mujer joven, hermosa y amada, que se ofrece en el refinamiento de los encajes y en la riqueza de las batistas, para irse á encerrar en un gabinete y trazar puntitos negros en los pentagramas del papel de música? La poesía era la mujer que poseía la atractiva languidez; y el ficticio personaje de *La Veneciana*, tan apasionadamente acariciado otras veces por la imaginación de Derstal, palidecía ante la realidad amorosa de la morena y ardiente americana que retenía al artista entre sus brazos.

Susana deseaba que su artista produjese, y, sin embargo, le quitaba los medios para que pudiese concentrarse en un esfuerzo de producción. De este modo, y cogido en un círculo vicioso, el compositor, lacio de tanto goce y enervado por el placer, aplazaba continuamente para el siguiente día la tarea á reanudar; y sintiéndose demasiado dichoso para el trabajo, se arriesgaba á comprometer gravemente su felicidad con su indolencia. Cuando se producía un intervalo de reposo en el movimiento mundano que le arrastraba, reflexionaba. Entonces sus ideas eran lúgubres; se daba perfecta cuenta de que Susana y los Brandón le habían escogido para que aportase á su riqueza el lustre de su celebridad. Era una especie de asociación que había sido contratada entre un artista y unos comerciantes: el talento del uno se había fusionado con los millones de los otros. Pero los millones estaban allí; todos los días se gozaba de ellos de un modo amplio, y el talento continuaba improductivo: no había desaparecido, pero se había velado. Algo así como una especie de quiebra.

En estos momentos, Derstal, con excitación nerviosa, se sentaba á su mesa, cogía papel, una pluma, acudía á los recursos de sus ideas y llamaba á su antigua inspiración. Quería cantar, pero su boca permanecía cerrada. Las ideas eran rebeldes á su deseo; su imaginación permanecía inerte, y con la frente apoyada en las manos,

presa de lúgubre desesperación, el compositor se perdía. Temblaba de angustia, el sudor corría por sus sienes, y se decía con profunda amargura:

—Estoy agotado. No tenía más que una obra dentro de mí; la dí, y ahora todo ha terminado.

Abatido, enervado, sentía entonces el deseo de permanecer aislado, encerrarse y descansar. Creía que con ocho días de aislamiento volvería á recobrar sus facultades creadoras. Se quejaba á Susana de que se sentía fatigado y enfermo, y la rogaba que le dejase en casa; pero la infatigable mujer, con una despreciable firmeza, bromeaba sobre lo que llamaba sus caprichos. Siempre tenía buenas razones que alegar, para exigir que la acompañase á las comidas y fiestas que acaparaban todo su tiempo. Y sujeto en el engranaje mundano, Derstal seguía doblegado á su mujer, y se contentaba con el papel social de marido de Susana Brandón.

Un acontecimiento se produjo, que hubiera podido modificar favorablemente la situación, si Derstal hubiese tenido el valor suficiente para sacar partido de él. Una mañana llegó al hotel de la plaza de los Estados Unidos una carta certificada, procedente de Nueva York, dirigida al compositor de música Oliverio Derstal. Era un recordatorio seco y terminante con que la administración del *Cosmopolitan* advertía que los plazos previstos para la entrega de la partitura prometida iban á terminar. El coronel Bartisson

«recordaba al ilustre maestro» que los *dilettantis* de Nueva York y de toda América esperaban con gozosa impaciencia la obra maestra anunciada. No se trataba de los 100.000 francos estipulados para el caso de incumplimiento del contrato, pues el afecto del señor Derstal por su nueva familia, tan altamente considerada en los Estados Unidos, era una sólida garantía de que el compositor habría de honrarse cumpliendo lo ofrecido.

Esta carta, que le recordaba un compromiso adquirido en un momento de desfallecimiento artístico, y que en más de una ocasión había intentado romper, aun haciendo los más grandes sacrificios, en el tiempo en que era libre, tuvo el dón de excitar extraordinariamente la nerviosidad de Derstal. Al olvidar la obra, la había desterrado de su imaginación con el firme propósito de no acordarse más de ella. Cuando pensaba en su arte, era siempre *La Veneciana* la que ocupaba su pensamiento. Sólo le interesaba la noble figura de la heroína, cuyas huellas había seguido en Lido, sobre el Gran Canal, en la Piazzetta y en la obscuridad de San Marcos. Pero el ponzoñoso personaje del libreto italiano, cuyos cuadernos de rojo papel dormían ocultos en el fondo de un cajón, sólo le inspiraba disgusto, por la insignificancia irritante de sus sentimientos y de sus actos. La pretensión del coronel Bartisson, de hacerle escribir en un plazo fijo una obra que consideraba completamente in-

útil, le enfureció. En el silencio de su gabinete, se dijo:

—Se le pagará lo convenido á ese empresario de caballos de madera, y me dejará en paz. Son cien mil francos. Yo se los pediré á mister Brandon. Él preferirá que termine *La Veneciana*, que consagrará mi reputación, á que me ocupe de esta tontería italiana, que me haría perder mucho en la consideración del público.

En el calor de su decidida resolución, consideró que lo más urgente era hablar del asunto á su mujer. Se dirigió al suntuoso tocador en que Susana cuidaba de su belleza, y con la carta en la mano fué á sentarse junto á una mesa, cubierta de utensilios de oro y acero, concha y marfil, y en la que entre los encajes centelleaban las piedras de las sortijas que acababa de quitarse su dueña. Con extremo cuidado, la joven se ocupaba en arreglar sus uñas, y cerca de ella se encontraba Harry, tumbado en una butaca, vestido con traje de franela blanca, camisa de seda color rosa, que sujetaba al cuello un broche de oro; los pies calzados con zapatillas azules y fumando un cigarrito de Oriente, cuyo perfume se mezclaba con el que despedían los destapados frascos.

Eran las once. Con frecuencia el afeminado joven iba á charlar con su hermana antes de vestirse, y con curiosidad la veía manejar todos los utensilios, de los que se servía con extraordinaria habilidad. En el vasto gabinete, ricamente deco-

rado, y en el que espejos de la misma altura que las paredes reflejaban por todas partes la luz, el joven se encontraba muy á gusto. Allí pasaba las horas muertas, y muchas veces Susana se veía obligada á despedirle. Era el momento más oportuno para las confidencias que el hermano hacía á su hermana. Allí se encontraban solos, sin indiscretos que les importunasen, y pudiendo comunicarse tranquilamente sus impresiones y sus proyectos.

—Lee—dijo Derstal, colocando la carta encima de la mesa.

Estrechó la mano de su cuñado y se sentó frente á él, esperando que Susana terminase la lectura.

—¡Ah! Es del coronel—dijo la joven.—Pide la obra..... Si. Nosotros no nos acordábamos, y tú no pensabas en ello más que nosotros; ¿verdad, Oliverio? Sin embargo, el bueno de Bartisson tiene razón, y nuestros amigos de Nueva York que subvencionan el teatro deben estar impacientes.....

—Pues bien. Calmarán sus impacencias—exclamó Derstal, descontento al convencerse de que su mujer no quitaba la razón desde un principio al director del *Cosmopolitan*. No estoy dispuesto y no sé cuándo lo estará la obra, si es que lo está alguna vez.

—¡Querido amigo! ¡Tú que puedes trabajar tan fácilmente!—dijo Susana.

—Eso depende de lo que hago. Cuando el tra-